

Saludos:

En primer lugar, quiero reconocer los territorios ancestrales de las personas Agawam y Nonotuck sobre los que nos reunimos aquí en Springfield y en Holyoke. Además, expreso mi agradecimiento a mis ancestres que, como el moriviví, sobrevivieron. Sobrevivieron a procesos de esclavización, y a ellos les debo mi existencia. En especial, nombro a mi madre Olga Esther que **murió soñando** con una vida distinta para mí y toda su descendencia.

A Joaquín Villanueva y a todo el equipo de Puerto Rican Studies Association, mi agradecimiento profundo por invitarme a ser la oradora principal de esta conferencia. Una invitación que me tomó por sorpresa y que acepté con profunda humildad. A Cooperativa Brújulas, gracias por su trabajo de interpretación. A Dr. Cook, STCC President, y Dr. Royale, HCC President, por recibirnos. A todos ustedes, gracias por acompañarme(nos) al pensar juntas, desde un presente que, aunque nos reta y nos desanima, nos invita a pensar y a diseñar juntas nuevos futuros para nuestros Puerto Ricos.

I- Moriviví

Yo nací y crecí en Fajardo. Me crié entre la 3ra extensión de la Urbanización Monte Brisas y el Barrio Vega Baja. En la década de los años 80, durante los fines de semana, mientras veía a mi padre lavar su Toyota Corolla del '79, le pedía que me dejara ser yo quien le pegara la manga al carro.

El resto de los días de la semana mi mamá pegaba la manga en el patio trasero, la marquesina y la porción de *bitumul* (brea) frente a la casa. Ese era su ritual mañanero. Como mami no me dejaba asumir esa tarea de limpieza profunda del exterior de nuestro hogar, me entretenía pisando, con chancletas puestas -porque me podía provocar mala suerte andar descalza en la calle-, las plantas de morviví que crecían alrededor de dos palmas que estaban sembradas en la acera frente a la casa. Con un poco de miedo, pero con muchísima curiosidad observaba atenta aquella plantita verde que se cerraba cuando la tocaba.

Les confieso que muchas veces confundía su nombre con el de “morir soñando”. Mami preparaba una bebida de leche con limón y hielo en la licuadora. Era su versión del “morir soñando” dominicano. Entonces, yo le pedía que me hiciera moriviví para tomar, y creía que jugaba con una matita que se llamaba “morir soñando”. Los porqué de sus nombres no faltaban en mis interrogatorios, pero las respuestas no las comprendía en aquel entonces. O no me satisfacían.

En fin, ya en mi adolescencia, les llamaba por su nombre. Al día de hoy, sigo disfrutando esa bebida antillana, pero perdí la costumbre de tocar el moriviví.

Así que desde pequeña he tratado de buscar respuestas sobre el moriviví, a si se muere viviendo, se vive muriendo o si se muere soñando...

Como ya PRSA ha establecido los abordajes temáticos y el tono crítico de esta conferencia, mi intención es compartirles una reflexión -íntima y por tanto subjetiva- sobre mis experiencias como mujer negra puertorriqueña en la academia en y fuera de Puerto Rico a la luz de las preguntas que

nos han convocado hasta aquí. Parto desde una perspectiva epistémico-corporal (Ruiz-Trejo) que me permite explorar mi cuerpo, mis emociones y mis memorias como textos para analizar el pasado, cómo se sobrevive el presente y cómo soñamos vivir en el futuro.

Acá, hago un paréntesis, pues me debatía sobre qué tono darle a esta ponencia, pero decidí hacer lo que siempre he hecho y que sobresale en mi trabajo académico -posiblemente no tradicional- y es hablar desde el corazón, con honestidad, valorando mis propias experiencias y visibilizando las historias de mujeres negras de mi familia como un acto de reclamo de afrosanación y afroreparación.

Principalmente, deseo plantearles nociones sobre como vincular lo académico con el activismo afrofeminista y otras instancias de cimarronería para combatir espacios típicamente blancos y (cis)heteronormativos. Es decir, destacando las dificultades que he enfrentado no solo a nivel personal, pero, además, incorporando el tema de Puerto Rico -desde distintas intersecciones, principalmente la racial- en la academia. En fin, me atrevo a hacer un llamado a la reflexión sobre qué queremos hacer con los estudios puertorriqueños, qué patrones de producción de conocimientos horizontales, no-jerarquizados, y pedagogías descolonizadoras debemos estar abocados a producir y cómo incorporamos sistemáticamente otras intersecciones como la racial dentro de estos esfuerzos.

II- ¿Cuál es mi territorio? Desterrada aquí y allá

Antes de pensar en el arraigo, es necesario determinar qué se entiende por territorio, cómo se define, qué se considera territorio, cómo se adjudica el territorio y cómo se asume el territorio. Si solo con asumirse como una persona de Puerto Rico esa conceptualización viene impregnada de complejidades, cuando se le añaden otra intersecciones, es más difícil y problemático determinar cuál es el territorio. La realidad es que, dentro del esquema racial que deshumaniza, criminaliza y exotiza, a la gente negra siempre se le cuestiona su procedencia; incluso, se le designa un lugar.

Where are you from? [A veces, respondo ¡del Planeta Tierra!] You don't look Puerto Rican! ¿En Puerto Rico hay negros? ¡Wow, qué bien hablas español! ¡Tú no hablas como puertorriqueña! ¡Tú no hablas como negra! ¡Tú eres negra, pero no tanto! ¿Esos apellidos? ¿De dónde son? Y ahí, voy con la cantaleta de que nací, me crié y he vivido gran parte de mi vida en Puerto Rico, que en Puerto Rico hay personas visiblemente negras como yo, que no hay una sola forma de ser puertorriqueño, que precisamente ser racializada como negra y haber sido víctima de prejuicio, discriminación y hostigamiento raciales, de manera consciente e inconsciente, me han hecho modular la voz para ser comprendida y negociar en espacios típicamente blancos, que posiblemente heredé el apellido Abadía de un gobernador español esclavista, Matías Abadía, que gobernó a Puerto Rico en el siglo 18, que el Rexach -o Rexac- es catalán y que mi abuelo siempre me dijo que somos Rexach, mientras hacía la salvedad de que somos de la cepa de los “negritos pobres”.

Cuando la pregunta sobre mi origen o mi acento -tanto en español como en inglés- no solo se formula fuera de Puerto Rico, se agudiza la sensación de sentirse desplazada, desterrada, sin sentido de pertenencia.

Así que, como mujer negra puertorriqueña, en el barrio, en la urbanización, en la escuela, en la universidad, en la calle, en Estados Unidos, en Europa, en América Latina, en el Caribe, me he pasado la vida retando esas preconcepciones sobre mi territorio geográfico al internalizar e insistir en que mi territorio es Puerto Rico. Incluso, que mi territorio es un espacio que nunca ha conocido otro estatus político distinto al de ser una colonia, que mi existencia como afropuertorriqueña es un ejemplo del cimarronaje negro que sobrevivió a la cruel y cruenta esclavización y que continúa luchando por la equidad racial y por su justo lugar.

¿Arraigarme a una nación, a una colonia, a un territorio en el que se sobrevive el racismo antinegro cotidianamente es masoquismo? [Suspiro]. Prefiero pensar que es un arraigo desafiante. Arraigarme al Puerto Rico insular, ese territorio que recibió y acogió a mis ancestras y que me vio nacer, es retar una retórica que no contaba con mi sobrevivencia, que me descarta, me exotiza, me hipersexualiza y que cuestiona mi existencia. Confieso que lastimosamente, en muchas ocasiones, he llegado a manejar o asimilar esa retórica desde el racismo internalizado; otras, desde el cimarronaje afrofeminista.

Recuerdo que en mi disertación doctoral me vi obligada a poner una nota al calce justificando el uso de nación para referirme a Puerto Rico. Hoy, asumir a Puerto Rico como uno de mis territorios -además de mi cuerpo negro que es mi territorio más combativo- es un acto político de visibilización, de representación humanizada y de denuncia ante las inequidades, ante las amenazas constantes de dejarnos sin hogar, sin Universidad, sin luz ni agua ni comida ni gasolina ni diésel ni hospitales ni escuelas, sin gente...

En ese sentido, Hilda Lloréns nos provee información valiosa sobre uno de nuestros territorios - Puerto Rico- y esas deben ser pistas para defender ese territorio al que nos hemos arraigado aún a la distancia. Aquí, quiero esbozar algunos apuntes sobre el libro de Lloréns, que nutrió la conceptualización del tema central de esta conferencia *Moriviví: Activating Puerto Rican Futures*, y que me permite sostener la conversación sobre cuál es mi territorio como mujer negra puertorriqueña.

Making Livable Worlds: Afro-Puerto Rican Women Building Environmental Justice de Lloréns es un proyecto político que hace visible el papel principal que han desempeñado las mujeres negras del sureste de Puerto Rico en el avance de las demandas de justicia ambiental, climática y racial, al tiempo que incorpora las intersecciones de género, clase y raza. Con una perspectiva decolonial, Lloréns trabaja para “teorizar cómo la construcción sociopolítica y cultural del Estado como patriarca, junto con las concepciones de la patria colonizada, contribuye a la marginación histórica de la vida, el conocimiento y los conocimientos sociopolíticos, ecológicos y ambientales de las mujeres negras”.

Lloréns utiliza la autoetnografía y la etnografía descolonial y ecofeminista para detallar cómo, en el contexto de la historia colonial de Puerto Rico, las mujeres racializadas como negras y estigmatizadas como empobrecidas han contribuido a la lucha contra los sistemas ecodidas dentro y fuera del territorio. A través de ejemplos específicos y narrativas concretas de las personas entrevistadas, el libro exhibe las luchas ecofeministas de las lideresas comunitarias. Sus historias

de vida son un testimonio del racismo y la contaminación ambiental causada por empresas extranjeras con el respaldo del gobierno insular, un problema que se extiende mucho más allá de las comunidades donde trabaja Lloréns. Como ella explica: “Al centrarme en las narrativas antihegemónicas de la feminidad negra, la familia y el parentesco, mi objetivo es socavar, cambiar y contribuir a la destrucción de las narrativas racistas, sexistas, coloniales, masculinistas y eurocéntricas existentes sobre las vidas de las mujeres afropuertorriqueñas”.

Ella confiesa lidiar con cuestiones éticas sobre “el derecho (y el privilegio) de contar las historias de otros”. En su epígrafe poético en el capítulo 2, expresa con honestidad y vulnerabilidad cómo se siente al hacer un trabajo antropológico y político en un lugar que, en ocasiones, la ignora como parte de él:

¿por qué me importa tanto un lugar que no se preocupa por mí?
silenciado.
expulsado.
borrado.
y aun así, digo:
'soy de ese lugar.
me encanta ese lugar.
culto a los antepasados.
tierra. cielo. plantas. aire. Nubes. Lluvia. rocas. agua: salada y fresca.
sus animales, mis parientes.
'¿cómo no voy a amar el único lugar del que puedo decir que soy?
no conozco otra tierra de donde ser”.

Y así me he sentido yo en Puerto Rico y afuera cuando me asumo afropuertorriqueña.

Lloréns añade: “... planificar para un futuro sostenible podría salvar al territorio de daños económicos, políticos y ambientales adicionales”. El trabajo comunitario y el activismo de Lloréns deben servir de modelo dentro de los estudios puertorriqueños para que esos futuros humanizados y dignos que merecemos, con los que soñamos, como el moriviví, vayan prosperando en el archipiélago y en la diáspora.

III- La cuerpa

Pensar en cómo encarno las enseñanzas del moriviví es repasar, en gran medida, lo que ha sido mi vida. Sobre todo, es ser consciente que el problema no es el moriviví que se cierra y se protege; es de quien le toca, de quien le invade. Para mí, ser una mujer negra puertorriqueña no es un problema. Lo es para quien me ningunea, mi invisibiliza, me degrada, me deshumaniza, me oprime, me pisotea, me hostiga, me violenta... Lo es para quien ve a mi cuerpa negra como amenaza.

¿Cómo ha afectado el colonialismo, el racismo, el sexismo, la deuda, el desastre, la muerte, la dislocación, el desplazamiento y el despojo a nuestros cuerpos/cuerpas/cuerpes—nuestro bienestar físico, emocional y espiritual?

En una conversación reciente con César Colón Montijo, Rosa Carrasquillo, Lehany Salamán y Beatriz Llenín Figueroa, con motivo de la presentación del ensayo “Se llamaba Doña Margot”, de la autoría de César, recordaba una experiencia que he compartido públicamente en otros foros de cuando mi cuerpo somatizó a raíz de un cúmulo de frustraciones y traumas que se exacerbaron con el asesinato de George Floyd. Al rechazar invitaciones a entrevistas y conversatorios sobre racismo antinegro en Puerto Rico, y decir que estaba padeciendo gastritis, ansiedad y depresión, fui testigo de la “labor afectiva comunitaria” de mi Afrosororidad antirracista intergeneracional, que compartió conmigo de esas “...tradiciones creadas por las personas violentadas física, espiritual e intelectualmente en el contexto esclavista...” (Colón Montijo, 2022, p. 43). Mis hermanas negras de la lucha antirracista me inundaron de remedios y consejos porque en algún momento habían pasado por lo que yo estaba pasando. Es una “labor afectiva comunitaria” que remite a las violencias que sobrevivieron nuestras ancestras negras esclavizadas, borradas de la historia, de los esfuerzos abolicionistas y de las historias de cimarronería negra. Heredamos los traumas, pero también el don de entrecuidarnos y de compartir los afrosaberes ancestrales para sanar. Sin embargo, sigue siendo una “labor afectiva” para “sobrevivir”, no para vivir.

Me atrevo a vulnerabilizarme más esta noche al compartirles las historias de otras cuerpas negras de mi familia.

El 26 de julio de 1977 nació mi hermana Somary Abadía Pagán. Somary fue el producto de una relación extramarital de mi padre. Su madre Sonia, una mujer negra empobrecida, era alcohólica. Mi padre es un veterano de la Guerra de Vietnam que estuvo expuesto al Agente Naranja. Tal vez, esos factores contribuyeron a que del embarazo gemelar solo sobreviviera Somary. A los pocos meses de haber nacido, le diagnosticaron Parálisis cerebral espástica. Siempre supe de ella. Siempre quise conocerla. “Un día de estos”, me decía papi. “¿Cuándo es un día de estos?”, le insistía yo. Ese día llegó a mis 19 años de edad. Tengo muy vivo el recuerdo de ese encuentro entre mi hermana y yo. Se sonrió cuando la acaricié. La próxima vez que la vi llevaba puesto un vestido blanco que le compré. Estaba en un ataúd. Somary murió el mismo día que cumplió 28 años, el 26 de julio de 2005.

Mi mamá, Olga Esther Rexach-Ayala, una mujer negra, nació el 31 de enero de 1951 en el pueblo de Fajardo. Allí se crió en un hogar humilde.

Mi abuelo Millo, un hombre negro y pobre, al completar la escuela superior, empezó a trabajar en la central azucarera de Fajardo; luego, se dedicó a la albañilería y la ebanistería. De niña, lo recuerdo cuando llegaba de su trabajo en una fábrica, pues traía pan para acompañar el café de las tres de la tarde. Mi abuelo nunca aprendió a manejar; así que pedía transportación hasta el pueblo para detenerse en la panadería y llevarnos pan caliente a sus nietas y nietos.

Por su parte, mi abuela, una mujer negra empobrecida, no completó la escuela intermedia. Con 89 años, sigue siendo una ama de casa abnegada. Mi abuela sobrevivió a una infancia y juventud colmadas de violencias. A los 58 años, fue operada de cáncer de colon. Afortunadamente, se lo detectaron a tiempo. Recuerdo vívidamente ese día que mi mamá llegó a casa devastada tras

conocer el diagnóstico de su madre. El día de la cirugía de mi abuela Prin, el cirujano salió a avisarnos que había sacado “lo malo” y que ella no requeriría ningún tratamiento pos-cirugía.

Mami era muy cobarde y miedosa para los procedimientos médicos. En 2009, mi papá le pidió al hematólogo-oncólogo que la atendía por anemia que le ordenara una colonoscopia a él. Papi quería decirle a mami que el proceso no era doloroso. Finalmente, mami accedió y el oncólogo le prescribió una colonoscopia. Cuando el gastroenterólogo le hizo la colonoscopia, removió varios pólipos, pero identificó la existencia de un tumor que, evidentemente, no podía atender de manera ambulatoria. El MRI leía “colon cancer, liver metastases”. Mami quiso que la operara el mismo cirujano que había operado a mi abuela años antes.

Yo anhelaba que el cirujano saliera a informarnos que había sacado lo malo y que mami estaría bien. No obstante, nos dijo: “Ella va a tener que recibir quimioterapia”.

Mami decidió que el oncólogo que no insistió en averiguar a qué se debía su anemia y que solo recurrió a transfusiones de sangre y a inyectarle hierro siguiera atendiéndola. Él nos explicó que el cáncer estaba en estadio 4, que solo habían tres regímenes de quimioterapia para ella. “Cuando uno no funcione, pasamos al otro; luego, al otro... Lo descubrimos muy tarde”, sentenció.

Yo quise respetar el deseo de mi madre, pero, además, le pedí que me complaciera y me dejara llevarla a otro oncólogo. Mi madre me permitió llevarla al Centro de Cáncer del Auxilio Mutuo, a lo que se llamaba Centro Médico Adaptógeno y a una clínica experimental de infusiones de vitaminas. Nada parecía funcionar. Su vida se iba apagando...

Mami se crió comiendo mariscos frescos. Su tío era pescador. Pescaba en las aguas contaminadas por la Marina de Guerra de Estados Unidos; un mar compartido entre Vieques, Fajardo y otros pueblos de la zona este de la nación. Cuando mi abuelo se gastaba su salario en alcohol, mi abuela se las ingeniaba para darles de comer a mi mamá y a mi tío.

Al casarse con mi papá y dedicarse a cuidar a mis dos hermanos y a mí, mami procuraba cocinarnos diariamente. Si bien nunca nos faltó comida, no había dinero para comprar alimentos saludables ni orgánicos que nos permitieran llevar una dieta balanceada.

Nueve quimioterapias después, su cuerpo expiró para siempre el 17 de noviembre de 2010. ¿Qué circunstancias y quiénes le acortaron la vida a mi mamá a sus 59 años?

Cada vez que voy al cementerio a llevarle flores a mi mamá, escucho la canción “Génesis”, escrita por Guillermo Venegas Lloveras e interpretada por Lucecita Benítez. Esa era una de las canciones favoritas. De hecho, mami era del bando de Lucecita y no del de Lissette Álvarez; sintió mucho que Chucho Avellanet se relacionara sentimentalmente y contrajera matrimonio con esta última. Y porque sé lo mucho que la disfrutaba y me trae memorias alegres de mami cantándola a to’ galillo en la cocina, no quiero que dejemos de escucharla, de disfrutarla juntas, desde distintos planos, en ese espacio terrenal que guarda sus huesos y que a mí me llena los pantalones de abrojos.

De ese ritual de llevarle flores, ponerla al día, entre sollozos, y escuchar “Génesis”, también, participa mi bisabuela Teodora Corsí. Su cuerpo yace en la misma tumba. Según lee la tarja, Teodora falleció en 1958, con apenas 52 años. Aunque no la conocí, las anécdotas que me cuenta su hija, mi abuela Prin, evidencian las violencias que sobrevivió. Una mujer mestiza, empobrecida, sin educación formal, que se relacionó con varios hombres y tuvo varios hijos visiblemente negros, sucumbió en el alcohol. A uno de sus hijos, Gilberto, lo envenenaron con ácido muriático en una celda en Fajardo durante un episodio de *Delirium tremens*. No dudo que esa experiencia de duelo, sumada a otras calamidades, haya agudizado su adicción y precipitado su muerte.

Las historias de vida de mis ancestras, Teodora, Olga y Somary, se suman a las experiencias de otras mujeres negras puertorriqueñas que han sido víctimas de racismo antinegro. Sus vivencias y sobrevivencias explican lo que el filósofo camerunés Achille Mbembe ha teorizado como necropolíticas, que revelan qué cuerpos importan para el Estado y cuáles no; es decir, constituyen ejemplos de cómo opera el racismo sistemático.

A les AfroRican Bodies, cuerpos víctimas de la marginación estructural, les/nos toca sanar los traumas que se cargan en la memoria celular. Son cuerpos a las que no les queda otra opción que ser territorios combativos que se han debatido entre el vivir y el morir. Sin embargo, como plantea el afrofuturismo confiamos en la posibilidad de un futuro en el que la gente negra –sobre todo la sobreviviente de la diáspora africana esclavizada- está viva y es libre.

IV- Movilidad y desplazamiento: ¿Ya te acostumbraste?

Ya les hablé sobre cuáles son mis territorios: Puerto Rico, con sus luces y sombras, y mi cuerpo.

La primera vez que me fui de Puerto Rico fue en 2006. Por tres años, viví en Austin, Texas. Después de un hiato de casi tres años más, regresé de 2012 a 2015 a vivir en la capital de la música en vivo. Texas nunca fue mi territorio ni mi hogar. Austin fue una ciudad de paso a la que fui a hacer un doctorado con el anhelo de regresar a Puerto Rico a trabajar en la “iupi”. Ese era mi sueño utópico e mi adultez temprana. De hecho, de niña jamás imaginé que cursaría estudios graduados y mucho menos que viviría en otro lugar que no fuese Fajardo. Ese es uno de los hechos de lo que no se concibe ni siquiera se piensa como tantas otras cosas que la movilidad y el desplazamiento han añadido a mi historia. En Texas, me confronté con todas mis inseguridades y todos mis miedos. Me cuestionaron mi negritud por alisarme el cabello y por hablar en español, me cuestionaron mi latinoamericanidad por ser ciudadana estadounidense, me cuestionaron mi puertorriqueñidad por ser negra... En fin, fue un espacio complejo y complicado para el que yo no tenía ni el conocimiento ni las herramientas para navegarlo sin sucumbir en la frustración, el agotamiento, la depresión...

Desde el día uno, desplazarme a Texas, en busca de un título universitario que no podía obtener en Puerto Rico, me supuso un sacrificio que me cuestionaba diariamente si valía la pena. Acá entre nos, no sé si valió la pena, pues obtener un diploma doctoral no tiene porqué ser un proceso solitario y tortuoso. Pero yo era la mujer puertorriqueña negra, que no habla bien inglés, que tuve la osadía de irme a hacer un Ph.D. en el territorio imperial que nunca dejó de verme como cuerpo colonizada. De hecho, esta cuerpo negra colonizada cerró con broche de oro ese camino desfilando

en una ceremonia de graduación en la que escaseaban los cuerpos negros y mi nombre no pudo ser bien pronunciado.

De 2015 a 2020, puse todas mis esperanzas en mi territorio borincano. Decidí regresar a Puerto Rico y acepté ofrecer cursos como profesora adjunta en la Escuela de Comunicación y en el Departamento de Sociología y Antropología de la Universidad de Puerto Rico, recinto de Río Piedras. Ni en mi infancia, gracias al sustento de mi padre y mi madre ni siendo estudiante doctoral había estado en una situación tan precaria como la que sobreviví siendo profesora de la “iupi”. La explotación laboral y el empobrecimiento a los que son sometidos los profesores sin plaza son escenarios insostenibles.

Cuando el universo conspiró para que yo creyera en mí y entendiera que tenía las cualificaciones para solicitar un trabajo en San Francisco State University (otro escenario que jamás imaginé), me atreví a hacerlo enfrentando, una vez más, todos mis miedos e inseguridades. De hecho, con tantas veces que había quedado entre los candidatos, pero nunca la elegida, hice el ejercicio de solicitar como un ensayo más, y para seguir exponiendo mi nombre en el “job market”.

La experiencia en el proceso de entrevistas y la visita al campus fueron muy positivas y esperanzadoras. Dictar una clase demostrativa ante un salón repleto de estudiantes Latines me dio la confianza de hablar en inglés con mi acento boricua y sin vergüenza de preguntarles: ¿cómo se dice tal cosa en inglés? Sobre todo, la posibilidad de ser profesora en el primer colegio de estudios étnicos en EE. UU., de ser una profesora AfroLatina en un departamento de estudios Latinx y tener la posibilidad de insertar de forma sostenida a Puerto Rico entre los Latinx Studies me pintaba el escenario idóneo para seguir desarrollándome como académica-activista.

Incluso, percibí un reconocimiento a mi trabajo que no recibía en Puerto Rico. “Si me ofrecen el trabajo, voy a decir que sí”, manifesté en voz alta. Esa llamada que recibí el 5 de marzo de 2020 parecía que cambiaría el rumbo de mi vida y me proveería una estabilidad económica y emocional y, por ende, sería favorable en otros aspectos de mi vida. Sin embargo, los cuestionamientos de porqué estoy en California y no en Puerto Rico y si caí en la trampa no me han abandonado al día de hoy. En Puerto Rico, era pobre y estaba trabajando en condiciones precarias, pero estaba en mi territorio. En California, sigo siendo pobre ni siquiera sé si podré sobrevivir con el costo de vida exorbitante que no casa con mi salario. ¿Podré comprar una casa algún día? Son las dudas que me asaltan diariamente. ¿Dónde quiero estar? ¿Dónde debo estar? Ese es el dilema. ¿Por qué no puedo estar en un espacio académico tan combativo como el CoES, pero en Puerto Rico?

¿Cómo el desplazamiento me ha afectado a mí como mujer puertorriqueña visiblemente negra? El desplazamiento me ha empujado a un espacio al que no sé si podré acostumbrarme.

V- Activismo académico: Cimarrona sin pedir permiso

Quiero volver mi intervención a la conversación en la que participé recientemente para hablar sobre el ensayo “Se llamaba Doña Margot”. Me preguntaron: En el contexto puertorriqueño actual, ¿cómo ves la relación entre academia y activismo, y específicamente la inserción de los asuntos raciales en los estudios puertorriqueños, caribeños y latinoamericanos? Y respondí pensando en

este momento en el que tendría la oportunidad de dirigirme a quienes imaginan(mos) otros futuros para los estudios puertorriqueños.

El activismo antirracista siempre ha contado con gente visiblemente negra que pertenece a la academia. Eso puede plantear asuntos que hay que mirar desde la intersección de clase -incluso género-, pero se han desarrollado estrategias y se han allanado caminos desde la academia. Sin embargo, desde las comunidades también -y lastimosamente la desconexión entre la academia y las comunidades es abismal. Yo diría que la relación entre academia y activismo es una con rupturas y fisuras. Yo percibo una apertura de organizaciones públicas y privadas para capacitarse como instituciones antirracistas, aunque desconocen que estos esfuerzos requieren tiempo y trabajo, que deben ser remunerados y que esos aspectos no pueden ser condicionados. Entonces, que esto pase da cuenta de las lagunas que hay entre la academia (sistema educativo en general) y el activismo. Si se pasa por la academia y no se aprende sobre racialización y se queda en lo llano, en la perspectiva biologicista de la raza, pues temenos políticos insistiendo en que no existe racismo antinegro y que somos una mezcla armoniosa.

A la luz del Decenio de lxs Afrodescendientes (2015-2024), decretado por la ONU, activistas antirracistas que, a la vez, son académicxs, han dado pasos importantes que han mantenido activa una conversación sobre el racismo antinegro en Puerto Rico. La celebración de los Congresos de Afrodescendencia y la Cumbre Afro ha repercutido en la producción de documentales, en la aprobación de la Ley 24 (Ley de la “Semana y el Día Nacional [21 de marzo] para la Erradicación del Racismo y Afirmación de la Afrodescendencia”) y en la observación del 31 de agosto como el Día Internacional de los Afrodescendientes. Debo mencionar la creación del programa de Afrodescendencia y Racialidad de la UPR, el trabajo por más de 30 años de Colectivo Ilé -y del activismo de sus miembros que también son académicas. Por supuesto, el programa radial NEGRAS, que por tres años consecutivos sale al aire semanalmente a través de Cadena Radio Universidad de Puerto Rico es un ejemplo de esa relación entre academia y activismo o de cómo, desde la lucha antirracista y afrofeminista proponemos un tipo de relación horizontal entre la academia y las comunidades. Por suerte, hay gente en ambos escenarios que no ven una diferencia entre un espacio y otro, que consideran su trabajo académico como uno de cimarronaje y una trinchera de lucha antirracista.

Sin embargo, urge continuar incorporando la intersección racial en los estudios puertorriqueños, caribeños y latinoamericanos. Punto. Tenemos que garantizarles espacios de intercambios de conocimientos, oportunidades de publicación, plazas de trabajo a académicas negras y asegurarnos que estudiantes negres puedan completar sus estudios subgraduados y graduados. Hay que saber cuando se está demás o se ocupa un espacio en el que le corresponde estar a una persona racializada como no-blanca, cederle la palabra a las personas negras y permitirles que cuenten sus propias historias o de la gente que es racializada como ellos. En la academia, tenemos que hablar de privilegio blanco, de colorismo, de interseccionalidades, mirar a nuestro alrededor y ver quiénes están y quiénes no están y porqué no están. No esperar que sean las personas negras las que tengan la responsabilidad de explicarles al resto cómo no ser racistas o porqué es importante hablar en nuestro contexto geográfico de #BLM o Las vidas negras importan.

La relación academia y activismo que yo considero imperativa en el contexto actual puertorriqueño es una que garantice la representación equitativa de cuerpos negres. Que desde el activismo no se vea la academia como un cuco; que desde la academia no se desprecie ni se minusvalore el activismo antirracista ni la gente que lo encarna.

VI- Futuros Afropuertorriqueños

Aquella niña tímida e introvertida que pisaba el moriviví con chancletas y tomaba morir soñando, nunca imaginó ser profesora universitaria. Mucho menos, se visualizó viviendo en Texas y luego en California. Por supuesto, tampoco soñó con ser oradora en una conferencia de Estudios Puertorriqueños. Cuando me preguntaban qué quería ser cuando fuese grande, yo me debatía entre ser cajera en un supermercado o ser *beautician* en Fajardo. Y es que en un país en el que se me ha cuestionado cuál es mi territorio, en el que me he sentido desplazada y no representada de forma humanizada sin prejuicios ni estereotipos, no había mucho espacio siquiera para soñar. Por eso, mis ancestras negras murieron soñando.

En el mes de junio, tuve la oportunidad de participar de un instituto de Estudios AfroLatinos y AfroLatinoamericanos en University of Pittsburgh. Cuando vi el *flyer* de quiénes habíamos sido seleccionados para formar parte del cohorte de dos semanas, me sorprendí de que éramos muy pocas las personas visiblemente negras en el grupo. Como suele pasar, somos nosotras las personas negras las que hacemos el llamado a que miremos a nuestro alrededor y veamos quiénes no están y que reflexionemos sobre el porqué no están. ¿Por qué soy la única persona negra en este espacio? Es un ejemplo común. También, aunque no es nuestra responsabilidad exclusiva ni inherente por ser negres, nos toca traer a colación los temas de privilegio blanco y colorismo. Entonces, yo no podía estar en la calle que lleva el nombre de Roberto y Vera Clemente sin alzar la mano y hacer la salvedad de qué temas se estaban dejando fuera y de la ausencia de reflexionar sobre quiénes están ocupando de forma desproporcional los espacios académicos para hablar de cuerpos AfroLatinoamericanos y AfroLatines.

A la par, terminé el mes de junio en un retiro para profesoras negras en el que poner nuestra salud emocional y bienestar y desarrollar relaciones de Afrosororidad y entrecuido fueron la orden del día. ¡Otros mundos sí son posibles!

Entonces, desde mi cuerpa -mi territorio más combativo- he decidido, ahora en el presente, mirar hacia atrás como el Sankofa para recoger los frutos del pasado y construir colectivamente nuevos futuros Afropuertorriqueños aquí y allá, nuevos mundos posibles y vivibles. ¿Y con qué se come esto? ¿Cómo se logran estos nuevos mundos y futuros?

1. Proveyendo espacios para la conversa colectiva
2. Teniendo diálogos honestos y humildes
3. Desarrollando la capacidad de escucha
4. Aceptando qué voces no han sido escuchadas y cuando tenemos que ceder el espacio
5. Admitiendo nuestros privilegios y desde dónde nos posicionamos
6. Extrapolando la noción estrecha y llana sobre qué es académico
7. Accesibilizando el trabajo que hacemos con un lenguaje comprensible

8. Reconociendo que para estar aquí hemos necesitado una tribu que nos ha regalado horas de su tiempo, historias orales, acceso a sus espacios íntimos y comunitarios
9. Teorizando y practicando epistemologías decoloniales, antirracistas y no binarias
10. Incluyendo todas las cuerpos no-blancas que se han quedado afuera o han sido tratadas desde la vulnerabilización, cosificación, exotización y deshumanización
11. Incorporando intersecciones que de ordinario no se incluyen en los estudios puertorriqueños
12. Sosteniendo conversaciones difíciles con apertura
13. Aprendiendo y desaprendiendo
14. Manteniendo la combatividad y la denuncia
15. Rechazando las retóricas romantizadas de la resiliencia y la fuerza desmedida e inhumana que se espera brote de les puertorriqueños

No hay soluciones rápidas ni fáciles, pero hemos dado un paso al frente nombrando la necesidad de emular al moriviví para activar futuros puertorriqueños/afropuertorriqueños distintos al pasado y el presente. Eso es ganancia.

Mi trayectoria académica ha sido muy compleja y me ha colocado mucho tiempo en la periferia, en la búsqueda de sanar psicológicamente, desde donde he desarrollado la observación, pero, a la vez, he ratificado quién soy como cuerpo racializada como negra. Dentro de este proceso de identificar mis territorios, de reconocer mi cuerpo, de denunciar los desplazamientos y el destierro, también, ha habido espacio para la celebración y la afrosanación. Sobre todo, para imaginar desde el UBUNTU y desde el vivir sabroso (Francia Márquez) que cada conferencia, congreso o cumbre, cada trabajo de investigación, cada publicación, cada participación académica, cada clase dictada debe ser una trinchera de lucha hasta que los futuros que imaginamos hoy, sean el presente de mañana. Que no haya que morir viviendo, vivir muriendo ni morir soñando. Para les AfroRican Bodies, ya es hora de VIVIR...

¡Gracias!